



Ezpeleta Aguilar, Fermín, (2018). *Leer y escribir en la escuela del XIX. Prensa pedagógica y Didáctica de la Lengua*, Madrid, Biblioteca Nueva.

La más reciente monografía de Ezpeleta aborda con regio estilo la manera en que los maestros enseñaban y reflexionaban sobre el acto de leer y escribir a lo largo del siglo XIX. Discurre con ejemplos representativos hallados en la prensa profesional. La organización de la antología ayuda al lector a comprender cómo se desarrollaron estas corrientes de pensamiento, quiénes eran las principales figuras de referencia (con influjos de autores europeos como Pestalozzi, Froebel o Girard). Incluye a dos turolenses, Vallés y Villarroya. No hay que olvidar que algunos de los autores españoles en este elenco fueron viajeros al estilo humanista, recogiendo en otros países novedades que trajeron a la piel de toro. Es el caso de Ángel Llorca García, por ejemplo. Otros lo trajeron mediante la lectura de obras en otros idiomas. En conjunto, se puede afirmar que la didáctica de la lengua en la España del XIX no es únicamente autóctona o endógena, sino que se nutre de autores belgas, franceses, alemanes, suizos e italianos. Frutos de ello serán creaciones como la Institución Libre de Enseñanza, el Ateneo artístico, el Círculo Pedagógico, las Comunidades familiares de Educación o la Escuela Nueva. Puede observarse también que muchos autores de entonces tocan temas de pedagogía, de ciencias o de letras con idéntica soltura, herederos probablemente del enfoque enciclopedista, tales como Llorca, Olóriz, Solana u Oca y Merino. Esta capacidad parece irse perdiendo con el avance de la globalización, que en lugar de universalizar el saber, lo parcela y genera múltiples especialistas y expertos dejando varados un sinnúmero de personas carentes en cultura general.

Destaca lo actual de su elección de autores y artículos, ponderada eficazmente en lo que al género femenino se refiere: en una sociedad que aun veía su pensar patriarcalizado, Ezpeleta se encarga de recoger las perlas de los testimonios de maestras de renombre, las primeras que empezaban a emerger, al estilo de Montessori, como mujeres rompedoras, audaces, con voz, dos de trece: María Carbonell Sánchez y Micaela de Silva y Collás. La mayor representatividad está aun entre los de abolengo cristiano: Aguilar, Oca y Merino, Solana, las incursiones de Vallés y Rebullida, o Villarroya Izquierdo. Los hay también, sin embargo, filólogos, reformadores, humanistas y liberales, con valiosas aportaciones. La actualidad de la visión de Ezpeleta queda patente también en la atención que da a la formación del profesorado y al sistema de oposiciones de la época.

Una de las evidencias de la calidad de esta obra, salta a la vista tras los primeros párrafos, en la elegancia del discurso. El uso de vocablos inusuales, sin esnobismo, permite entrever al filólogo apasionado que se esconde tras el investigador, si es que en algo estos se diferencian. La construcción de las frases muestra un estilo claro y rico, deudor evidente de su faceta de enseñante, pero sin caer en el paternalismo simplificador. Hoy asistimos a la decadencia, no pocos así llamados escritores han caído en el vicio de demostrar cuánto lenguaje soez y vulgar pueden incluir en una

línea, o desafían la recta gramática por epatar al lector, sin ningún rigor o creatividad reales. Ante esta onda, puede verse como osadía el acto de escribir con cultura y consiguiendo transmitir ese eruditismo sin resultar remilgado, pedante, ampuloso o distante. Ezpeleta no se avergüenza de saber, y eso le honra, porque lo hace con humildad decimonónica. En su arrojado recoloque al lector como ser digno de inteligencia, de diálogo.

Otro punto fuerte de esta antología es su estructura. Que una obra esté bien organizada denota que el tema (la alfabetización decimonónica) se ha trabajado con ahínco, se ha asimilado adecuadamente y se ha profundizado más allá de lo habitual, de manera que se es capaz de abstraer del conjunto las líneas generales. Quiero decir, que para llegar a poder verlas, es precisa mucha lectura, de muchos documentos, y muy exhaustiva. En este detalle organizacional percibimos el criterio, el canon y si se me permite, incluso la ética, porque elegir qué textos se incluirán equivale, en cierto modo, a mostrar cómo se piensa. Por otro lado, se ha de permanecer aséptico y neutral, mostrar lo que hay y no lo que a uno le gustaría que hubiera, deshacerse del propio sesgo. Ese ejercicio de moralidad y profesionalismo no exime de que se sea capaz de leer entre líneas e identificar las corrientes ideológicas y políticas que permeaban los pensamientos y las publicaciones: motivaciones conservadoras o liberales. Así, comienza con una introducción esclarecedora de conceptos: géneros, artículos, autores, seguida de un episodio central, dividido a su vez en bloques, a saber: hablar, leer y escribir. Cierra la obra un capítulo titulado “Libros, diccionarios y bibliotecas”. Es aguda la distinción que se hace de instruir y educar, de separar lengua y gramática, o entre declamación y lectura, caligrafía y escritura.

En una sociedad que suele pecar de anacronismo y miopía en lo que se refiere a la historia reciente, es preciso rescatar nuestra memoria más próxima (el siglo XIX) para entender de dónde venimos en cuestiones pedagógicas, por qué canales ha llegado y se ha transformado el pensar y el decir, o dicho de otro modo, el leer y el escribir y las maneras de enseñarlo. En el siglo al que el autor ha decidido aplicarse, se cuenta con varias revistas y publicaciones de relevancia, disponibles hoy en hemerotecas y colecciones. Recoge también eventos que se rastrean hasta hoy en nuestra cultura, como la cartilla y el catón, la editorial Calleja (tienes más cuento que...) o la Ley Moyano, que da nombre a esa cuesta madrileña que cualquier aficionado a las letras habrá recorrido alguna vez.

En el bloque dedicado al escribir se cuestiona el dictado, la ortografía, la caligrafía, la cursiva. Se reflexiona sobre el libro de texto, y se celebra el surgimiento de la biblioteca como nueva institución cultural. Entonces se valoraba la lectura comprensiva y se ponía en tela de juicio la importancia asignada a la caligrafía. Es innovador para la época que se propugne un aprendizaje de la lengua desvinculado de la gramática, o que se fomente la lengua oral en el aula. En fin, se plasma la tensión entre los métodos nuevos y los clásicos.

Tras su lectura, podemos afianzar la idea de que los valores de una época y otra son distintos: algunos de los pedagogos encomiaban el empleo de la lógica y la moral como bases para el raciocinio. Hoy las tendencias quieren erradicar la filosofía por considerarla inútil y la moral se ve como algo inservible y tendencioso, indigno de mención. Así nos va. Donde no hay reflexión resulta fácil inocular falsedades históricas, porque no se enseña a pensar, sino a repetir, se vende como moderno el no juzgar, y se cae en un relativismo tibio, aguado, sin convicciones. En contraposición a nuestra actualidad, encontramos en el XIX los últimos coletazos de la concepción

del educar como misión sublime. Inquieta pensar que muchas de las aseveraciones que encontramos siguen vigentes. Es el caso por ejemplo de elogio de la memoria de Solana (p. 72) o la crítica al método memorístico de Benejam (p. 71), ambas consecuentes y acendradas. Dice Benejam que buena parte de los niños que salen de la escuela no saben leer ni escribir medianamente. Es alarmante constatar que en algo estamos fallando hace tiempo. Solana defiende el uso de autores modernos junto a los clásicos. Alcántara también ve el beneficio de alternar novedad y variedad, y nos aporta ese hacer pensar, como gimnasia mental, afirmando el método activo y el esfuerzo personal en el acto de aprender, tal como propugnan las nuevas tendencias que dan autonomía al alumno: Flipped Learning, Aprendizaje basado en Proyectos, etc. Ello, dice Solana, tonifica la inteligencia y produce el pensamiento individual y reflexivo. Si la rueda ya ha sido descubierta, ¿por qué seguimos aun a pie? Critica al maestro ofuscado (p. 79) que no posee control emocional, que falta al respeto a la dignidad del infante, que reprende y corrige con malos bríos, agrura o sarcasmo. Como expresa con acierto, el mucho saber hace bastante menos que el tacto (p. 80), que con la paciencia y la habilidad conforman el triduo necesario, para que, en efecto, enseñar se torne una obra de arte. Educar es conducir y encauzar. Enseñar a pensar es probablemente el eslabón perdido: integrar la copia con la creación, la caligrafía con la libertad, la técnica con la invención propia.

En el leer, Villarroya pone los puntos sobre las íes cuando exige un canon de llaneza que llame a las cosas por su nombre, defendiendo la imparcialidad que el lector ha de tener y diferenciando nítidamente la declamación y la oratoria de la lectura. Llorca señala la necesidad de asociar la enseñanza de la lectura con la de la escritura y resalta la importancia de la secuenciación de contenidos, así como critica el mobiliario, sensibilizado y visionario sobre la ergonomía. Son asimismo aun de rotunda actualidad las palabras acerbas de María Carbonell sobre los bien avenidos con lo existente, los reglamentos que limitan la ciencia en expansión, la vigilancia de profanos a la pedagogía y la inadecuación formal de los exámenes escolares.

Otro de los motivos por los que vale la pena leer esta antología es que remueve nuestros cimientos como alumnos, nos trae a la memoria la huella de tantos profesores. Si hoy somos profesores, o tenemos hijos que están en el sistema educativo como alumnos, no nos dejara impávidos. Si tenemos una mentalidad crítica hacia lo que ocurre en las aulas, apreciaremos el interés de rescatar, releer y reflexionar sobre esas verdades que permanecen actuales. En conjunto, un siglo sembrado de buenas intenciones y sólidas teorías que no tiemblan ante el seísmo del paso del tiempo, muchas de ellas aun a la espera de la mano de nieve que sepa arrancarlas y plantarlas en terreno fértil. Este libro es una de ellas.

Alicia Silvestre Miralles
Universidad de Zaragoza
alicia.silvestre@gmail.com